

IV.

Las tres hermanas.

Más de una vez le ocurrió á la pobre Esther ser maltratada, no para enseñarla á vivir, sino para enseñarla á hacer dinero, como se dice en el teatro.

Aún no estaba en él aquella niña que cantaba en todos los tonos, acompañándose con la guitarra, lo triste y lo alegre, lo sentimental y lo bufo.

Afortunadamente, aquella noche, al abrazar á su madre, le puso en la mano una hermosa y reluciente moneda de veinte francos, pues por afición al oro había cambiado todo el dinero recogido durante el día delante de la taberna y en otros sitios. Todo el mundo la acarició, y la animó con mil promesas á traer todas las noches otros veinte francos.

Á la que no se le hicieron caricias y agasajos fué á Valía: he aquí por qué. Se había comprado unos pendientes de seis francos, con el firme propósito de que no se los viera su familia; pero, al subir la escalera, se le olvidó quitárselos, vien-

do todos en seguida los dos grandes colgantes de cobre dorado, que se balanceaban majestuosamente sobre sus mejillas.

—¿Qué es eso?—preguntó la madre.

—No es nada; unos pendientes que me ha regalado una señora.

—¿Una señora? ¿Te figuras que he nacido ayer? Toma.

Y ¡pif! ¡paf! dos cachetes.

Valía lloró de rabia y de pena. Pero al llevarse el pañuelo á los ojos, rodó por tierra la moneda de cinco francos que había sustraído de la colecta de por la mañana.

—¡Y eso también! (continuó la madre); ¿me robas mi dinero?

—¡Tu dinero! Eso no es tuyo; me lo ha dado un señor muy respetable: ¡un magistrado!

—Te lo habrá dado para tu hermana.

—No, para mí (replicó Valía, recogiendo la moneda). Y, además (añadió), si no estás contenta, me voy. No seré yo la que siga corriendo calles para recibir golpes.

La señora Bonheur estaba furiosa.

—Si piensas marcharte, te equivocas, porque te tendré atada aquí dentro.

—Eso lo veremos (exclamó Valía, quemando sus naves); porque, como prefiero mejor estar fuera que aquí, me marchó.

Abrió la puerta, y salió.

Su madre se calmó un tanto, y la llamó, murmurando:

—Harás cualquier locura.

Pero Valía bajó la escalera sin siquiera volver la cabeza.

¿Adónde iba?

La familia de Esther habitaba tres buhardillas en una antigua casa de la calle de los Leones de San Pablo, cerca del muelle de los Celestinos: la primera contenía el lecho donde dormían la madre y el hijo más pequeño; en la segunda se veían tres malas camas, en donde se acostaban cinco niños; la tercera era una especie de camaranchón, donde se guardaba una infinidad de telas orientales medio cubiertas por los vestidos y los adornos de las niñas. No había chimenea más que en la primera habitación, en donde se hacía la comida de cualquier manera.

Aunque aquella familia era muy pobre, se veía en los semblantes de todos cierto aire de juventud y de alegría. Aquel humilde hogar no era la pocilga en que viven muchas familias judías del antiguo París. La limpieza, esa virtud, según Platón, era la cualidad dominante de la madre y de las hijas. Se comprendía á primera vista que aquellas gentes aspiraban á elevarse y no á descender á los últimos y sombríos peldaños de la escala social.

La joven Esther había sido algunas veces maltratada por su hermana Valía; pero, á pesar de eso, había llorado al verla partir.

—Mamá, ¿quién me acompañará ahora para ir á cantar por las calles?

—No llores; tu hermana volverá.

Pero no volvió, ni aquella noche, ni al otro día. Su madre la buscó por todas partes; fué á la prefectura de policía; pero nadie le dió noticias de Valía. Aquella fué una gran desgracia.

Una de las niñas pequeñas, enferma desde algunos días antes, impedía que la madre pudiera trabajar. Esta vendía difícilmente sus telas orientales, que no estaban de moda como hoy día; fué necesario, pues, que Esther saliera otra vez á cantar por las calles de París.

Su hermanita Lili fué la compañera que le dieron. Una mañana salieron las dos muy contentas; Esther, sobre todo, porque esperaba encontrar á Valía.

La pequeña Lili corría y saltaba á su alrededor, llena de alegría de verse en la calle. Nadie sabe el encanto que tiene para los niños un paseo por París, que se imaginan que aquel gran bazar está construído expresamente para ellos: todos los escaparates les sonrén: aquello es una feria perpetua, en donde hay para todos los gustos.

—¿No empiezas?—preguntó Lili á Esther.

Estaban en la plaza de la Bastilla. Esther

pensó primero pararse delante de la taberna en donde había representado su comedia la antevíspera; pero no viendo á nadie por allí, ni siquiera á su amigo Gantua sobre la escalera; se fué un poco más lejos, colocándose delante de un elefante legendario. Algunos muchachos hicieron círculo; después se acercaron dos jóvenes y dos desocupados que las seguían; en seguida algunas otras personas, y al poco rato tenían un buen número de espectadores.

Lili exclamaba con su voz fina y aguda: «Señores y señoras, he aquí á la célebre Esther, que va á cantar.»

La cantadora preludió en su guitarra, y empezó á cantar una de esas picarescas canciones cuyo éxito siempre es seguro: *Tú que conoces los húsares de la Guardia...*

Se rieron de la canción; pero la pública generosidad no dejó caer gran cosa en el platillo.

—Eres muy graciosa y muy bonita (dijo una buena mujer á Lili); déjame que te abrace.

Y abrazó á la niña, y le dió diez céntimos: esto era por su bonita cara.

—¿Y por mi canción?—dijo Esther.

—Vamos, señores; vamos, señoras (dijo la mujer): ¿no hay nada por la canción?

Algunos curiosos se alejaron; pero la mayoría de los espectadores aumentó el dinero recogido anteriormente.

En aquel momento, una joven atravesó por entre la gente, se dirigió á las dos hermanas, y las estrechó contra su pecho.

—¡Valfa!

—¡Lili! ¡Esther!

Lili apenas si había reconocido á Valfa; tan transformada se hallaba, con un bonito traje á la última moda y un sombrero colocado coquetamente sobre sus hermosos cabellos.

—¡Ni una palabra á mamá! Tomad esta moneda de cinco francos; todos los días os daré aquí, á la misma hora, una igual.

—¡Qué bella estás así, hermana mía! ¿Cómo te has arreglado para ir tan bien vestida?

—Si te lo preguntan, contesta que no lo sabes. ¡Adiós!

Y Valfa partió, para ir á reunirse con un bello y elegante joven que la esperaba allí cerca. Los curiosos no vieron en todo aquello más que un alma caritativa; pero ni remotamente se figuraron que era una hermana que encontraba á sus hermanas.

—¡Chist! (dijo Esther á Lili): no digas nada esta noche.

—¡Oh! no.

—Piensa en que nos dará una moneda de cinco francos todos los días; es el interés de la moneda que tomó antes de ayer. ¡He ahí un dinero bien empleado!

—Yo no entiendo de eso (dijo Lili); pero dame para comprar un ramito de violetas.

—¡Ah, coquetilla! ¡un ramo de violetas! De seguro acabarás mal. Toma, ahí tienes: compra un ramo para ti y otro para mamá.

—¿Y yo acabaré mal? (se preguntó Esther viendo alejarse á Lili.) ¡No! (murmuró, alzando la cabeza con soberana expresión de fiereza): prefiero cantar por las calles.